

tano, queriendo contribuir á la instruccion y honor de su patria; traduxo en Italiano esta obra, que ya se habia hecho célebre en toda Europa; y conociendo algunos defectos de la traduccion Francesa, procuró remediarlos, especialmente restituyendo aquellos pasages que el Abate Prevost habia malamente castrado. Añadió otro largo prólogo al del Frances, en que, como Abogado, quiso hacer ver que entendia las leyes y acciones legales Romanas. Ambos traductores en estos prólogos, y en algunas notas que añadieron, se dexaron llevar del prurito de lucir su erudicion, sin hacerse cargo de su inutilidad; pues Middleton en esta obra no necesita seguramente de intérpretes, siendo su principal mérito la claridad, el orden y la perspicuidad. El Napolitano ademas pecó considerablemente en el estilo, que es duro y confuso, de suerte que en vez de agradar cansa, y en infinitas partes es muy difícil adivinar lo que quiere decir. Sin embargo, su traduccion ha merecido ser muy leida, y reimpressa varias veces en Italia; no pudiéndose atribuir esto á otra cosa que al mérito del original. Abultó mas que adornó su edicion con varias estampas de gusto tan depravado, que mas que en

Nápoles parecen hechas en Tartaria: y su crítica se dexa conocer en habernos presentado el plan de la casa de Ciceron, como si se hubiese conservado, ó tuviese presente el de algun arquitecto que la vió y dibuxó.

Sola España carecia de esta obra, que el consentimiento de la Europa entera ha graduado de excelente: y esta consideracion me ha empeñado en traducirla, bien persuadido de su utilidad, y del buen gusto de erudicion que podrá derramar entre nosotros. Contiene la Vida de uno de los hombres mas singulares que ha visto el mundo, y que mas honor han hecho á la humanidad: de uno que por la importancia de sus acciones, y por la excelencia de sus escritos, servirá siempre de modelo á los hombres de estado, y á los autores de buen gusto: de Ciceron en fin, del padre de la eloqüencia Latina, del primer autor que nos ponen en las manos quando entramos en el mundo, del que nos ha conservado todo lo bueno de la filosofía Griega, del que nos ha dado las mejores lecciones de moral que se pueden dar sin las luces de la fe; de aquel, en fin, de quien nuestro Español Quintiliano, el mejor juez de eloqüencia y cultura que despues de Ci-

ceron ha tenido el mundo, escribiendo aquí en Roma decia, que para conocer qualquiera los progresos que lograba en las ciencias, no era menester mas que exâminar el grado de gusto que hallaba en leer sus obras. A esto se añade que la vida de este grande hombre está identificada con la historia del siglo mas illustre de la República Romana: siglo en que florecieron los hombres mas singulares en armas y letras, formando época tan señalada, que mientras los hombres conserven las memorias de sus hechos, brillará como un astro en la noche que el tiempo trabaja por extender sobre todo lo pasado. En este siglo, pues, tan fértil en grandes hombres, descuella Ciceron como Agamemnon en medio de los héroes del ejército Griego, que sobresalia, segun la expresion de Homero, como un toro magestuoso en medio de la vacada ¹.

Ahora corresponderia que yo ponderase, ó á lo ménos expusiese el mérito de mi traduccion, poniendo las manos delante de las críticas que me podrán hacer; pero esto seria inútil para mí, como lo es para todos los escritores; y solamente diré, que he traducido con

¹ *Iliad.* 2. 480.

aquella libertad que me parece hubiera usado Middleton si el libro fuese Castellano, y le hubiese querido convertir en Ingles; teniendo presentes los originales para los extractos ó traducciones de Ciceron, de que está llena la obra.

Siempre que se ha ofrecido hacer discursos directos á una sola persona, he usado la segunda de singular al modo de los Latinos, desechando la bárbara costumbre de hablarla en plural; pues la naturaleza y la verdad nos convencen de que una persona no es mas que una, y no dos, ni muchas: mentira ridícula que inventó la adulacion para significar que aquel á quien se dirige la palabra vale por muchos.

Por lo que toca á tratamientos y títulos pomposos, ya estamos en la costumbre de excusarlos quando se trata de personas antiguas; y aun ahora debieran desterrarse del trato y de todo escrito. Los Romanos no los tenian, aunque á veces adoptaban, ó les conferia el público ciertos renombres tomados de sus calidades personales, ó de sus señaladas acciones, como á Scipion, que le llamaron *Africano* porque venció á Aníbal y al África; á Sila *Feliz*, porque lo fué en efecto; á Pompeyo *Grande*, porque hizo cosas que lo eran; y aun nosotros en tiem-

pos mas sencillos dimos los renombres de *Cid*, *Sabio*, *Bravo*, *Gran Capitan* &c. á personas que con su mérito insigne ganaron estas calificaciones. Los tratamientos formularios que tanto han cundido, con especialidad entre nosotros, no son índice seguro del mérito de las personas; y reflexionándolo bien solo sirven para dificultar el trato, mover quejas y rencillas, y embrollar á los escritores, obligándolos á buscar arbitrios y rodeos para no usarlos, como hacen los poetas y los oradores. Sin ellos lograrían toda distincion, estimacion y veneracion los que por sus circunstancias las mereciesen; como fueron distinguidos y respetados aquellos grandes hombres por cuyo medio llegó Roma á dominar el mundo, al mismo tiempo que el último Conciudadano los trataba de *tu*. Aquellos mismos dominadores de la tierra al paso que decayéron de grandeza, de virtud y de mérito crecieron en tratamientos y títulos, contentándose con la sombra quando les iba faltando la realidad. Esta depravacion tuvo principio en el renombre de *Augusto*, que el Senado confirió á Octavio: renombre que ni aun su mismo inventor el cortesano Mesala sabia lo que queria decir. Los siguientes Emperadores,

sín esperar á que se los confiriese nadie, se apropiaron las denominaciones que se les antojó; y quanto mas fueron decayendo, y mas provincias perdian, mas relumbrantes títulos se aplicaban. Quando escribo esto, y miro enfrente el retrato en mármol de Alexandro Magno, obra contemporánea de aquel héroe, y leo por toda inscripcion ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΣ ΦΙΛΙΠΠΟΥ ΜΑΚΕΔΟΝΟΣ, *Alexandro Macedon, hijo de Phelipe*; y al otro lado un busto inscripto CN. POMPEIVS. CN. F. MAGNUS, siento dentro de mí una respetuosa conmocion, considerando lo grande de aquellos hombres, que fueron árbitros del mundo, y ocuparán con sus hechos eternamente la historia: y comparando la sencillez de sus títulos con la retayla de apellidos, títulos, empleos y tratamientos que ostentan algunos que no son en el mundo mas que nombre y sonido, y no han hecho, ni son capaces de hacer cosa que merezca mencion, no digo en la historia general, pero ni en la particular de su parroquia, me avergüenzo de que la vanidad ridícula haya desterrado la noble simplicidad.

En quanto al estilo, he puesto conato en darle toda la claridad posible, por razon de

que no se habla para otra cosa que para darse á entender con facilidad. Acaso el deseo de conseguirlo me habrá hecho usar algunas voces ó frases que mirarán con ceño los que sin saber la mitad de su lengua, hojean los libros solo en busca de palabras que censurar: semejantes á las moscas, que pasan por encima de lo sano, y acuden muy afanadas y contentas á lo podrido. Yo por mí creo que el gran mérito de un autor consiste en escribir cosas útiles, y en empeñar á que se lean; y que con frases simétricas y relimadas suele lograrse hacer bostezar ó tiritar de frío. A fuerza de preceptos echan grillos á las lenguas; las cuales, con la prudente libertad y el ejercicio, se enriquecen, se pulen, se suavizan, y se hacen mas armoniosas, y mas manejables para tratar qualquier asunto. La nuestra se debe quejar de los cultos y discretos del siglo pasado, y de los gramatizantes de este, por haberla despojado, no solo de muchas palabras, frases, y modos de hablar muy significativos y enérgicos, sinó tambien de las elisiones, los apóstrofes, y otras licencias que constituyen la belleza de las lenguas mas cultas, despreciando el exemplo y autoridad de los grandes hombres que comenzaron

á usarlas, y nos pusieron en camino de tener un idioma flexible, poético y musical, diferente del prosayco, como le tuvieron los Griegos, y le tienen hoy los Italianos.

Acerca de los adornos que se han puesto en esta edicion, el público juzgará si están bien ó mal executados. Por mi parte he procurado escoger los que me han parecido pueden contribuir á la inteligencia de la Historia, y á confirmar ó aclarar su narracion. En todas las cosas lo accesorio debe servir á lo principal: lo ocioso es fealdad en vez de hermosura. Los retratos de los sugetos principales se han dibujado con la mayor exáctitud por los originales que yo poseo, ó existen en otros museos aquí en Roma; y no dudo que mis paysanos tendrán gusto en conocer los semblantes de hombres tan famosos por las copias que les doy en estampa, ya que les falta proporcion de ver dichos originales.

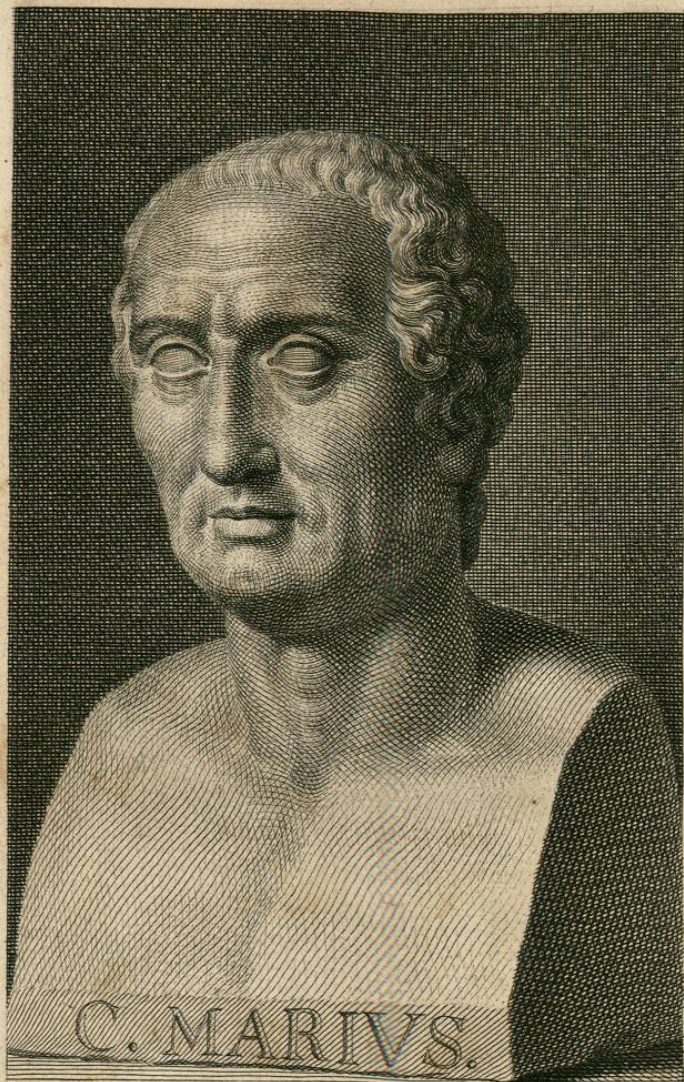
Por no ostentar erudicion, solamente he añadido alguna nota quando la he juzgado necesaria para aclarar algun punto. Y ahora finalizaré este largo Prólogo con una advertencia que seguramente se tendrá por ociosa, y es: que en Historia tan profana como esta, siem-

pre que se menciona religion, y quanto la pertenece, como sacrificios, consagracion, pontífices, sacerdotes &c. se debe entender de la pagana, que es la que profesáron las personas que hacen papel en ella.



Ben. Salera delin.

Em. S. Carmona sculp.



Bon. Salera del.

Cm. S. Carmona sculp.



Bon. Salera del.

Cm. S. Carmona sculp.

HISTORIA

DE LA VIDA

DE MARCO TULLIO CICERON.

LIBRO PRIMERO.

Disipó Cicero todas las dudas que se podrían suscitar sobre el año y día de su nacimiento informándonos que fué á 3 de enero, año 647 de Roma¹, cerca de 107 ántes de la venida de Christo. Plutarco cuenta muchos prodigios que sucedieron

A. de Roma
647.
Antes de Chr.
107.
Q. Serv. Cep.
C. Attil. Serr.
Cons.

¹ III. Nonas Jan. natali meo. Epist. ad Attic. 7. 5. et 13. 42. El mismo año nació Pompeyo. En el cálculo de los años de Christo

sigo el cómputo vulgar, que retarda tres años esta época. Vid. Figh. Annal. Plin. Histor. natur. 37. 2.